**“Los Partidos Politicos” (Michels, Robert)** - Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna.

**La aristocracia democrática y la democracia aristocrática.**
La monarquía absoluta se funda sobre la voluntad de un solo individuo. En las antípodas del principio monárquico –en teoría- está la democracia, que niega el derecho de uno sobre los demás. In abstracto, hace a todos los ciudadanos iguales ante la ley. Da a cada uno de ellos la posibilidad de ascender a la cumbre de la escala social, facilita así el camino a los derechos de la comunidad, al anular ante la ley todos los privilegios de nacimiento y al desear que en la sociedad humana la lucha por la preeminencia se decida únicamente de acuerdo con la capacidad individual.

La vida de los partidos políticos debe demostrar necesariamente una tendencia aún más fuerte hacia la democracia que la manifestada por el Estado. El partido político se funda, en la mayor parte de los casos, sobre el principio de la mayoría, y siempre sobre el principio de la masa. En la vida partidaria moderna la aristocracia se complace en presentarse con apariencia democrática, en tanto que la sustancia de la democracia se impregna de elementos aristocráticos. Por una parte tenemos a una aristocracia en forma democrática, y por la otra a la democracia con contenido aristocrático.

La forma externa democrática que caracteriza la vida de los partidos políticos bien puede enmascarar –para los observadores superficiales- la tendencia hacia la aristocracia, o, mejor dicho, hacia la oligarquía, que es propia de toda organización de partido. Si queremos comprender esta tendencia, el mejor campo de observación nos lo ofrece la estructura íntima de los partidos democráticos y, entre ellos, el partido socialista y laborista revolucionario. El estudio de las manifestaciones oligárquicas en la vida partidaria es muy valioso y muy decisivo en sus resultados, si lo emprendemos en relación con los partidos revolucionarios, pues estos partidos representan –en lo que a su origen y a su programa se refiere- la negación de tal tendencia, y además han nacido sin oposición. La aparición de los fenómenos oligárquicos en el propio seno de los partidos revolucionarios es una prueba terminante de la existencia de tendencias oligárquicas inmanentes en todo tipo de organización humana que persigue el logro de fines definidos.

**El liderazgo en las organizaciones democráticas**

Es inconcebible la democracia sin organización. La organización es el único medio para llevar adelante una voluntad colectiva. Por estar basada sobre el principio del menor esfuerzo, es decir, sobre la máxima economía posible de energía, la organización es el arma de los débiles en su lucha contra los fuertes. El principio de organización es condición absolutamente esencial para la lucha política de las masas.

Sin embargo, este principio de organización, políticamente necesario, aunque conjura la desorganización de fuerzas que hubiera favorecido al adversario, trae consigo otro peligro: en realidad la organización es el manantial desde donde parten las corrientes conservadoras que riegan la llanura de la democracia.

Circunstancialmente hay inundaciones desastrosas que hacen irreconocible la pradera. La democracia no puede existir hasta que se ha alcanzado una etapa superior de vida social, mejor desarrollada. Las libertades y los privilegios, y entre éstos el privilegio de tomar parte en la dirección de los asuntos públicos, al principio están reservados a pocos. Los tiempos más recientes se caracterizan por la extensión gradual de estos privilegios a un círculo cada vez más amplio. Llamamos a esto la esfera de la democracia; pero, si pasamos la esfera de la democracia a la esfera del partido, podremos observar que, a medida que se desarrolla la democracia, aparece un efecto lateral: con el avance de la organización, la democracia tiende a declinar; la evolución democrática tiene un curso parabólico. En estos momentos, al menos en lo que a la vida partidaria se refiere, la democracia está en fase descendente.

Como regla general, cabe enunciar que el aumento de poder de los líderes es directamente proporcional a la magnitud de la organización. Donde la organización es más fuerte encontramos que es menor el grado de aplicación de la democracia. Toda organización sólidamente construida presenta un campo eminentemente favorable para la diferenciación de órganos y de funciones. Cuanto más extenso y más ramificado es el aparato oficial de la organización, tanto mayor es el número de sus miembros, tanto más rico su tesoro y tanto más amplia la circulación de su prensa, tanto menos eficiente el control ejercido por la masa y tanto más reemplazado por el poder creciente de las comisiones. A medida que se desarrolla una organización, no sólo se hacen más difíciles y más complicadas las tareas de la administración, sino que además aumentan y se especializan las obligaciones hasta un grado tal que ya no es posible abarcarlas de una sola mirada. En un movimiento que avanza con rapidez, no solo el aumento del número de obligaciones, sino también el carácter más específico de éstas, impone una diferenciación de funciones cada vez mayor. Nominalmente, y según la letra de las reglamentaciones, todos los actos de los dirigentes están expuestos a la crítica siempre vigilante de la masa.

En teoría, el dirigente es apenas un empleado comprometido a cumplir las instrucciones que recibe. Debe atender las órdenes de la masa, de la cual no es sino el órgano ejecutivo. Pero en realidad, a medida que la organización aumenta en su magnitud, esta dependencia se hace totalmente ficticia. Los miembros deben abandonar la idea de que conducen o supervisan siquiera la administración total, y están obligados a dejar estas tareas en manos de personas fidedignas designadas especialmente para ese fin: en manos de funcionarios asalariados. Esto responde a la verdadera necesidad de que un simple empleado llegue gradualmente a “líder”, y adquiera una libertad de acción que no debiera tener. El jefe se acostumbra, así, a resolver cuestiones importantes con su propia responsabilidad, y a decidir diversos asuntos relativos a la vida del partido sin intentar consulta alguna a la masa. Es obvio que el control democrático sufre de este modo una disminución progresiva, y se ve reducido finalmente a un mínimo infinitesimal.

En todos los partidos socialistas hay un aumento continuo del número de funciones sustraídas a las asambleas electorales y transferidas a las comisiones ejecutivas. De esta manera levantan un edificio poderoso y complicado. El principio de división del trabajo interviene cada vez más, experimenta divisiones y subdivisiones.

Sí se constituye una burocracia jerárquica y rigurosamente definida. En el catecismo de las obligaciones partidarias, la observancia de las reglas jerárquicas llega a ser el artículo primero. La jerarquía nace como consecuencia de las condiciones técnicas, y su constitución es un postulado esencial de la máquina partidaria que funciona bien.

Es innegable que la tendencia oligárquica y burocrática de la organización partidaria es una necesidad técnica y práctica: producto inevitable del propio principio de organización. El asunto estriba en que la democracia es sólo una forma de organización, y en que cuando deja de ser posible armonizar la democracia y la organización, es preferible abandonar aquélla y no ésta.

El advenimiento del liderazgo profesional señala el principio del fin para la democracia; y esto, por sobre todo, como consecuencia de la imposibilidad lógica del sistema “representativo”, ya sea en la vida parlamentaria o en la delegación partidaria. La vida política adquiere constantemente formas más complejas. A medida que esta complejidad aumenta, cada vez es más absurdo intentar la “representación” de una masa heterogénea en todos los innumerables problemas nacidos de la creciente diferenciación de nuestra vida política y económica. En este sentido, representar, viene a significar que un deseo puramente intelectual se disfraza y es aceptado como la voluntad de la masa.

En ciertos casos aislados, cuyas cuestiones son muy simples, y donde la autoridad delegada tiene duración breve, es posible la representación; pero la representación permanente equivaldrá siempre a que los representantes dominen sobre los representados.

El partido democrático moderno como partido de lucha, dominado por ideas y métodos militaristas. El partido moderno es una organización de lucha en el sentido político del término, y como tal deberá adaptarse a las leyes de la táctica. El artículo primero de estas leyes es la facilidad de movilización. La centralización garantizaba –y sigue garantizando siempre- las resoluciones rápidas-. Una organización extensa es per se un mecanismo pesado y difícil de poner en funcionamiento. Si tenemos que habérnosla con una masa distribuida en una extensión considerable, consultarla para cada cuestión supondrá una enorme pérdida de tiempo, y la opinión así obtenida será además esquemática y vaga. Pero los problemas del momento necesitan una decisión rápida, y por eso la democracia ya no puede funcionar en su forma primitiva y genuina, a menos que la política seguida sea contemporizadora, pues supone la pérdida de las oportunidades más favorables para actuar. Un partido de lucha necesita una estructura jerárquica.

En un partido, y sobre todo en un partido de lucha política, la democracia no es para el consumo interno, sino un artículo de exportación. Toda organización política necesita un “equipo liviano que no estorbe sus movimientos”. La democracia es incompatible en todo con la rapidez estratégica y las fuerzas de la democracia no se prestan para los rápidos despliegues de una campaña. Por eso es que los partidos políticos, aunque sean democráticos, muestran tanta hostilidad al referéndum y a todas las otras medidas para la salvaguarda de la verdadera democracia; y también es esa la razón de que en sus constituciones estos partidos muestren, si bien no un cesarismo incondicional, al menos tendencias oligárquicas y centralizadoras muy fuertes.

**Causas psicológicas del liderazgo**

Quien tiene el cargo de delegado adquiere un derecho moral a ese cargo, y los delegados lo conservan a menos que sean privados de éste en circunstancias extraordinarias o en cumplimiento de leyes observadas con estrictez excepcional. Una elección realizada para un propósito definido adquiere una trascendencia vitalicia. La costumbre se hace un derecho. Quien se ha desempeñado durante cierto tiempo el cargo de delegado termina por considerar que ese cargo es propiedad suya. Si se le niega la reelección amenaza con represalias (la amenaza de renuncia es la menos grave entre todas) que tenderán a sembrar confusión entre sus camaradas, y esa confusión continuará hasta que salga victorioso.

**La necesidad de liderazgo que experimenta la masa**

Entre los ciudadanos que gozan de derecho políticos, el número de los que tienen un interés vital por las cuestiones públicas es insignificante. En la vida de los partidos democráticos modernos podemos observar signos de similar indiferencia. Sólo una minoría participa de las decisiones partidarias, y a veces esa minoría es de una pequeñez rayana en lo ridículo. Las resoluciones más importantes adoptadas por el más democrático de todos los partidos –el partido socialista- emanan siempre de un puñado de sus miembros. Es verdad que la renuncia al ejercicio de los derechos democráticos es voluntaria, excepto en aquellos casos en que la participación activa de la masa organizada, en la vida partidaria, aparece obstaculizada por las condiciones geográficas o topográficas.

Cuando terminan su jornada de trabajo, los proletarios solo piensan en descansar, y en meterse a la cama temprano. Quienes ocupan sus lugares en las reuniones son los pequeño burgueses, los empleados, los intelectuales jóvenes y que aún no se han hecho una posición dentro de su propio círculo, gente gustosa de que se la considere como auténticos proletarios, y miembros de la gloriosa clase del futuro. La participación en la vida partidaria adquiere un aspecto escalonado. La gran masa de electores constituye la extensa base; sobre ésta se superpone la masa enormemente menor de miembros enrolados en el comité local del partido, que representa quizás un décimo o quizá no más de una treintava parte de los electores; encima de éstos, a su vez, viene el número mucho más pequeño de los miembros que asisten regularmente a las reuniones; luego viene el grupo de funcionarios del partido; y por encima de todo, constituido en parte por las mismas personas del grupo anterior, el grupo de media docena de los miembros que constituyen el comité ejecutivo. El poder efectivo aquí está en razón inversa del número de quienes lo ejercen.

La necesidad de guía que experimenta la masa, y su incapacidad para actuar cuando le falta una iniciativa de afuera y desde arriba, impone, sin embargo, una pesada carga a los jefes. Los líderes de los partidos democráticos modernos no llevan una vida de holganza. Su vida es de esfuerzo incesante. Deben sacrificar constantemente su propia vitalidad en la lucha. La masa tiene una pasión incurable por los oradores distinguidos, por los hombres de gran renombre, y si no puede obtenerlos insiste al menos en un diputado. Los líderes de las posiciones más altas viven entorpecidos por los cargos honoríficos que llueven sobre ellos. Una de las características de los partidos democráticos modernos es la acumulación de cargos.

**La gratitud política de las masas**

Hay otro factor, de aspecto moral más importante, que contribuye a la supremacía del líder: es la gratitud que experimenta la multitud hacia quienes hablan o escriben en su defensa. La masa alienta una gratitud sincera hacia sus líderes, y considera que esa gratitud es un deber sagrado. Por lo general ese sentimiento de gratitud se manifiesta en la reelección continua de los líderes que lo han merecido, con lo que el liderazgo por lo común se hace perpetuo.

La adoración de los conductores por los conducidos es latente, por lo común. Se revela por signos apenas perceptibles, tales como el tono de veneración con que suele ser pronunciado el nombre del ídolo, la perfecta docilidad con que obedecen al menor de sus signos, y la indignación que despierta todo ataque crítico a su personalidad.

**Cualidades secundarias requeridas por el liderazgo**

En los primeros días del movimiento laboral, el fundamento del liderazgo consistía en capacidad oratoria. La multitud no puede escapar de la esencia estética y emocional de las palabras. La característica esencial de la democracia se revela en la rapidez con que sucumbe a la magia de las palabras, escritas o habladas. En un régimen democrático los líderes son oradores y periodistas. Muchas y diversas son las cualidades personales gracias a las cuales ciertos individuos logran gobernar a las masas. No todos los líderes están dotados, necesariamente, con estas cualidades, a las que bien podríamos calificar de cualidades específicas de liderazgo. Entre ellas, la principal es la fuerza de voluntad que reduce a la obediencia a otras voluntades menos poderosas. La siguiente en importancia es un conocimiento amplio, que impresiona a los que rodean al líder; viene luego una fuerza catoniana de convicción, fuerza de ideas que a menudo linda en el fanatismo, y que infunde respeto a las masas por su misma intensidad; luego la autosuficiencia aunque se acompañe de un orgullo arrogante, mientras el líder sepa cómo hacer que la multitud comparta su propio orgullo; en casos excepcionales, por último, están la bondad de corazón y el desinterés, cualidades que evocan en la mente de la multitud la figura de Cristo, y avivan sentimientos religiosos olvidados, pero no muertos.

Sin embargo, la cualidad que impresiona por sobre todas a las multitudes es el prestigio de la celebridad. Para las masas es una cuestión de honor depositar la conducción de sus asuntos en las manos de una celebridad. La multitud se subordina siempre de buena gana a la dirección de individuos distinguidos. Para la opinión popular, ostentar un nombre que ya es conocido en ciertos aspectos constituye el mejor título de liderazgo.

**Peculiaridades secundarias de la masa**

Los líderes deben lidiar con una masa de miembros, a los cuales son superiores en respecto de edad y experiencia de la vida, en tanto que nada tienen que temer de una crítica implacable que es característica tan peculiar de hombres que acaban de llegar a la virilidad. Otra consideración importante, relativa a la composición de la masa que hay que dirigir es su carácter fluctuante.

**Factores intelectuales**

Con el mayor progreso en la organización aparecen continuamente nuevas necesidades, tanto dentro del partido como con respecto a su relación con el consumo exterior. Llega el momento en que lo provisional debe dejar su lugar a lo permanente, y el diletantismo debe ceder ante el profesionalismo. Una larga experiencia nos ha demostrado que entre los factores que aseguran el dominio de las minorías sobre las mayorías –el dinero y sus equivalentes, la tradición y la transmisión hereditaria- debemos reconocer el primer lugar a la instrucción formal de los líderes (la superioridad intelectual). En los partidos del proletariado, en cuestión de educación, los conductores son muy superiores a los conducidos. Los desertores de la burguesía se hacen líderes del proletariado, precisamente por esa superioridad de instrucción formal que han adquirido en el campo enemigo y llevan consigo, y no a pesar de ella.

Cuando los obreros eligen a sus propios líderes, están forjando con sus propias manos nuevos amos, cuyos medios principales de dominio están en las mentes mejor instruidas. La competencia técnica coloca al líder en un puesto más alto que la masa, subordina la masa a los líderes, encuentra reforzada su influencia por otros diversos factores, tales como la rutina, la educación social que adquiere en la cámara, el aprendizaje esencial en la labor de comisiones parlamentarias. Los líderes procuran naturalmente aplicar en la vida normal de los partidos las maniobras que han aprendido en el medio parlamentario; de esta manera a menudo logran desviar la corriente que se opone a su propia voluntad.

La principal fuente de poder del líder está en su indispensabilidad. Son muchos los oradores parlamentarios y los líderes de gremio que están en oposición con la masa, a un tiempo en lo teórico y en lo práctico, y sin embargo continúan pensando y actuando tranquilamente en nombre de la masa. Esta, desconcertada e incómoda, está atenta a la conducta de los “grandes hombres”, pero es raro que se atreva a privarlos de su autoridad y a destituirlos. Esta incompetencia de las masas es casi universal en el terreno de la vida política, y constituye el fundamento más sólido del poder de los líderes. La incompetencia proporciona a los líderes una justificación práctica y, en alguna medida también, moral. Puesto que la masa es incapaz de velar por sus propios intereses, es necesario que cuente con expertos que atiendan sus asuntos. La incompetencia de las masas, que en último análisis reconocen siempre los líderes, sirve para dar una justificación teórica al dominio de éstos. En todas las cuestiones de gobierno para cuya decisión se requiere un conocimiento especializado, en las cuales es esencial cierto grado de autoridad, hay que admitir cierta medida de despotismo y, en consecuencia, una desviación de los principios de la democracia pura. Desde el punto de vista democrático esto es quizás un mal, pero es un mal necesario.

De esta manera la democracia termina por transformarse en una forma de gobierno por los mejores: en una aristocracia. Tanto en lo material como en lo moral, son los líderes quienes han de ser considerados los más capaces y los más maduros.

**Tendencias autocráticas de los líderes**

**La estabilidad del liderazgo**

En los partidos de la clase trabajadora encontramos que el personal de funcionarios es aún más estable que el de los líderes en general. Esta prolongada retención de los cargos supone un peligro para la democracia; por esta razón las organizaciones que anhelan conservar su esencia democrática establecen como norma que todas las funciones deben ser adjudicadas solo por breves lapsos. Cuanto más prolongada es la retención del cargo, tanto mayor se hace la influencia del líder sobre las masas y tanto mayor, por consiguiente, su independencia. Por eso una repetición frecuente de elecciones es una precaución elemental, por parte de la democracia, contra el virus de la oligarquía.

El liderazgo es retenido indefinidamente, no porque sea la expresión tangible de las relaciones entre las fuerzas que existen en el partido en un momento determinado, sino simplemente porque ya está constituido. A menudo los líderes son confirmados en su cargo todo el tiempo que ellos mismos lo quieran, por una pereza gregaria o, si podemos emplear el eufemismo, en virtud de la ley de la inercia.

A quien la colectividad prefiere sobre todos los otros no es tanto al camarada merecedor, sino al probado y experto, cuya colaboración no debe interrumpirse por ninguna razón. Ciertos individuos, simplemente por haber sido investidos con determinadas funciones, se hacen inamovibles, o al menos difíciles de reemplazar. Toda organización democrática, por su propia naturaleza, se apoya en una división del trabajo. Pero dondequiera que esa decisión del trabajo prevalece hay necesariamente especialización, y los especialistas se hacen indispensables. Las designaciones por poco tiempo en un cargo son democráticas, pero, en sus aspectos técnicos y psicológicos, son muy poco prácticas. Si no logran despertar en el funcionario un sentido propio de responsabilidad, abren la puerta a la anarquía administrativa. Los dos defectos más graves de la democracia auténtica son su falta de estabilidad y su dificultad de movilización; ambos dependen del derecho reconocido de que las masas soberanas tomen parte en la administración de sus propios asuntos.

A medida que los jefes se desvinculan de la masa, se muestran cada vez más inclinados a llenar los claros que se producen en sus propias vidas, no mediante elección popular, sino mediante coopción, y así aumentan sus propios efectivos todo lo posible, al crear nuevos cargos por iniciativa propia. Aparece en los líderes una tendencia a aislarse, a establecer una especia de baluarte, y rodearse como con un muro, dentro del cual solo pueden entrar quienes participan de su propia forma de pensar. En lugar de permitir que sus sucesores sean designados por elección de la masa, los líderes hacen cuanto está a su alcance por elegirlos por sí mismos y por llenar todos los claros de sus propias filas, directa o indirectamente, por el ejercicio de su propia voluntad.

En la designación de candidatos para la elección, encontramos otro grave fenómeno oligárquico: el nepotismo. La elección de los candidatos depende casi siempre de una camarilla formada por los dirigentes locales y sus asistentes, quienes sugieren a la masa algunos nombres adecuados. En muchos casos la banca parlamentaria es considerada casi como una propiedad familiar.

**El poder financiero de los líderes y del partido**

La práctica de pagar por todos los servicios tiende, en no poco grado, a reforzar la burocracia partidaria, y favorece al poder centralizado. La dependencia financiera del partido, es decir, de los líderes, que representan a la mayoría, traba a la organización como con cadenas de hierro. Los miembros de la organización más tenazmente conservadores son, en realidad, quienes dependen de modo más categórico de ella.

Para la mayor parte de los hombres, el idealismo puro no es un incentivo adecuado para desempeñar sus obligaciones. En consecuencia, es necesario que los líderes reciban una retribución prosaica además de la devoción de sus camaradas y la satisfacción de una conciencia tranquila.

Por otras dos razones es necesario que los empleados estén bien pagados.

La primera es moral: el trabajador merece su salario. La otra razón corresponde a la esfera de la política práctica: pagar poco a los funcionarios, como cuestión de principios, es peligroso, precisamente porque lo confía todo a la única carta del idealismo. El líder mal pagado está más expuesto a sucumbir a la tentación; es más probable que traicione al partido por interés que quien, por estar bien pagado, obtiene por su trabajo un ingreso seguro y suficiente. Además, el pago mezquino de los funcionarios hace difícil aplicar otra medida preventiva contra el establecimiento de la oligarquía, porque impide los cambios frecuentes de personal en los cargos dirigentes, y de esta manera favorece indirectamente la formación de una oligarquía. El aumento de la potencialidad financiera del partido, que facilita al principio el pago liberal de los funcionarios, contribuye mucho a alentar los apetitos dictatoriales de los miembros de la burocracia partidaria, que fiscalizan las fuerzas económicas del partido en virtud de su condición de administradores.

**La situación de los líderes en relación con las masas, en la práctica**

La acumulación de poder en las manos de un número restringido de personas da lugar, por fuerza, a muchos abusos. El “representante”, orgulloso de su condición de indispensable, se transforma con facilidad de servidor en amo de su pueblo. Los líderes, que en un principio estaban sujetos a obligaciones hacia sus subordinados, a la larga llegan a ser sus señores. El mismo partido que lucha contra la usurpación de la autoridad constituida del Estado, se somete, como por necesidad natural, a las usurpaciones de sus propias autoridades constituidas. Las masas están mucho más sujetas a sus líderes que a sus gobiernos, y soportan abusos de poder de los primeros, que nunca tolerarían a estos últimos.

**La lucha entre los líderes y las masas**

Con la institución del liderazgo comienza, como consecuencia de lo prolongado de la función, la transformación de los líderes en una casta cerrada. A pesar de la violencia de las luchas intestinas que dividen a los líderes, en todas las democracias éstos manifiestan una solidaridad firme frente a las masas. “Bastante pronto advierten la necesidad de convenir entre ellos mismos, para que el partido no se les escape con divisiones.”

Cuando hay una lucha entre los líderes y las masas, siempre salen victoriosos los primeros, si logran mantenerse unidos. No hay indicación alguna de que el poder de la oligarquía en la vida partidaria esté expuesto a desaparecer en un futuro próximo. Aumenta la independencia de los líderes junto con su condición de indispensables. También la influencia que ejercen, y la seguridad económica de sus puestos, adquieren cada vez más poder de fascinación sobre las masas, y estimulan la ambición de los elementos más talentosos por ingresar a la burocracia privilegiada del movimiento laborista.

Es imposible negar que las masas se rebelan de tiempo en tiempo, pero esas rebeliones son siempre sofocadas. Solo cuando las clases dominantes, atacadas por una ceguera súbita, adoptan una política que fuerza las relaciones sociales hasta un punto de ruptura, las masas partidarias aparecen activas en la escena de la historia y derriban el poder de las oligarquías. Aparte de esas interrupciones transitorias, el desarrollo natural y normal de la organización debe imprimir en los partidos más revolucionarios un sello indeleble de conservadurismo.

**La lucha entre los propios líderes**

Una característica esencial de la democracia es que cada uno lleva en la mochila su bastón de mariscal. Es verdad que la masa siempre es incapaz de gobernar; pero no es menos cierto que cada individuo de la masa, en la medida que tiene las condiciones que son el requisito que le permita elevarse por encima de la multitud, puede alcanzar el grado de líder y llegar a gobernante. Esta promoción de nuevos líderes supone siempre el peligro, para los que ya están en posesión del poder, de verse obligados a dejar su lugar a los recién venidos. Por eso el viejo líder debe mantenerse siempre en contacto con las opiniones y sentimientos de las masas a las que debe su situación. La apariencia de acatamiento a la masa, que los líderes manifiestan, llega a adquirir formas de demagogia en el caso de los más débiles y los más astutos. Los demagogos son los cortesanos de la voluntad popular. En lugar de elevar a las masas hasta su propio nivel descienden al nivel de éstas.

Sería un error acusar a la multitud de levantarse contra sus líderes, y hacer a las masas responsables de las caídas de éstos. No son las masas las que han devorado a los líderes: los jefes se han devorado entre sí, con la ayuda de las masas.

Las diferencias que conducen a luchas entre los líderes en casi todos los casos dependen de dos categorías o motivos. Por sobre todo están las diferencias objetivas y las diferencias de principio, en conceptos filosóficos generales, o al menos en la forma de concebir la evolución social inmediata y las consiguientes divergencias de opinión respecto de las tácticas más deseables. En segundo lugar tenemos las luchas que obedecen a razones personales: antipatía, envidia, celos, intentos audaces por apoderarse de los primeros puestos, y la demagogia. En casi todos los casos las dos series de motivos están algo confundidos en la práctica; y a la larga encontramos que los de la primera serie tienden a ser desplazados por los de la segunda, en la medida que las diferencias de principio y de orden intelectual se transforman en personales y despiertan una hostilidad profunda entre los representantes de las diversas teorías.

La oligarquía surgida de la democracia está amenazada por dos graves peligros: la rebelión de las masas y (en relación íntima con esta rebelión, de la cual suele ser el fruto) la transición hacia una dictadura, cuando uno entre los oligarcas logra conquistar el poder supremo. La consecuencia es que en todos los partidos populares falta ostensiblemente un espíritu de fraternidad genuina: no encontramos una confianza mutua sincera y cordial; hay una lucha latente, un espíritu de irritación determinado por la desconfianza recíproca de los líderes.

La lucha entre los viejos líderes y los aspirantes al poder constituye una amenaza permanente a la libertad de palabra y de pensamiento. Los líderes llegan al extremo de ejercer una censura sobre todos aquellos colegas de quienes sospechan inclinaciones rebeldes. Los líderes de lo que podríamos llamar “el gobierno” siembran en la mente de las masas desconfianza hacia los líderes de la “oposición” al calificarlos de incompetentes y profanos, y acusarlos de charlatanes, corruptores del partido, demagogos y farsantes, en tanto que en nombre de la masa y de la democracia se presentan como exponentes de la voluntad colectiva, y exigen la sumisión de los insubordinados, y aun de los camaradas simplemente descontentos.

La oligarquía que domina el partido democrático moderno utiliza un medio para amansar a la oposición. Si los líderes de la oposición son peligrosos porque tienen muchos prosélitos entre las masas, y si, al mismo tiempo, son pocos en número, los viejos líderes partidarios procuran tenerlos en jaque y neutralizar su influencia mediante métodos conciliatorios. Brindan a los líderes de la oposición altos cargos y honores dentro del partido, y así los hacen inocuos; tanto más cuando vemos que no los admiten en los cargos supremos, sino que los relegan a puestos de segundo orden que no les dan influencia notable, y donde no tienen esperanzas de llegar un día a ser mayoría. Hay ocasiones en que se entronizan nuevos liderazgos. Lo único que revelan es que hay un nuevo líder que está en conflicto con el anterior y, gracias al apoyo de la masa, ha prevalecido en la lucha y ha logrado la destitución del viejo líder, y reemplazarlo. Con esta sustitución la democracia no gana prácticamente nada.

Tan pronto como los nuevos líderes han logrado su objetivo, tan pronto como triunfan (en el nombre de los derechos lesionados de las masas anónimas), al derrocar la odiosa tiranía de sus predecesores y al alcanzar el poder a su turno, vemos que sufren una transformación que los hace muy semejantes a los tiranos destronados.

**La burocracia: tendencias de centralización y de descentralización**

El partido donde el círculo de las élites está restringido por demás, o donde, en otras palabras, la oligarquía se compone de un número demasiado pequeño de individuos, corre el riesgo de ser barrido por las masas en un momento de efervescencia democrática. Por eso el partido moderno, como el Estado moderno, procuran a su propia organización la base más amplia posible de individuos. Así sobreviene la necesidad de una burocracia fuerte, y estas tendencias se ven reforzadas por el aumento de las tareas impuestas por la organización moderna.

A medida que aumenta el partido burocrático sufren un debilitamiento inevitable dos elementos que constituyen los pilares esenciales de toda concepción socialista: la comprensión de las metas culturales más amplias y más ideales del socialismo, y la comprensión de la multiplicidad internacional de sus manifestaciones.

El mecanismo llega a ser un fin en sí mismo. La burocracia es el enemigo jurado de la libertad individual y de toda iniciativa audaz en materia de política interna. El espíritu burocrático corrompe el carácter y engendra pobreza moral. En toda burocracia observamos una cacería de puestos, una manía por el ascenso, y obsequiosidad hacia aquellos de quienes dependen los ascensos; hay arrogancia hacia los inferiores y servilismo hacia los superiores.

Hay una fuerte tendencia a la descentralización, que se manifiesta en casi todos los partidos nacionales, que aunque alcanza para evitar la formación de una única oligarquía gigante, determina la creación de muchas oligarquías pequeñas, cada una de las cuales no es menos poderosa dentro de su propia esfera. El predominio de la oligarquía en la vida partidaria sigue siendo indestructible. El ejercicio del poder y su influencia psicológica sobre los líderes

La apatía de las masas y su necesidad de guía tienen como contraparte, en los líderes, un apetito natural por el poder. De esta manera el desarrollo de la oligarquía democrática se acelera por las características generales de la naturaleza humana. Lo que comenzó por la necesidad de organización, administración y estrategia se completa por determinismo psicológico. El líder inicia como una molécula de la masa, pero se desprende de ella involuntariamente. Una visión más clara, un sentimiento profundo y un deseo ardoroso de bien general lo impulsan hacia adelante; ha sido inspirado por la fortaleza y la gravedad de su carácter, y por una cálida simpatía hacia sus congéneres.

Es evidente que esto será cierto, sobre todo, donde el líder no encuentra una organización sólida ya establecida, capaz de ofrecer empleo remunerativo, sino donde sus primeros pasos estarán dirigidos a fundar su propio partido.

Pero quien alcanzó una vez el poder, ya no estará dispuesto a regresar a la situación relativamente oscura que ocupó antes. El abandono de una situación pública conquistada a costa de grandes esfuerzos, después de muchos años de lucha, es un lujo que sólo un gran señor de dotes excepcionales y espíritu de autosacrificio puede soportar. La conciencia de poder produce siempre vanidad: una convicción indebida de grandeza personal. El deseo de dominar, para bien o para mal es universal. Estos son hechos psicológicos elementales. En el líder la conciencia de su valía personal, y de la necesidad de guía que siente la masa, se combinan para inducirlo a reconocer su propia superioridad (real o supuesta) y suscitan, además, ese espíritu de mando que existe en germen en todo hombre.

Cuando los líderes no son personas de medios, y cuando no tienen otras fuentes de ingreso, se aferran firmemente a sus puestos por razones económicas, y llegan a considerar las funciones que ejercen como propias por derecho inalienable. Esto es especialmente cierto respecto de los trabajadores manuales, quienes, en cuanto llegan a líderes, pierden su aptitud para el oficio anterior. Para ellos la pérdida de su puesto sería un desastre financiero y, en caso todos los casos, resultaría casi imposible que volvieran a su antigua forma de vida. Al renunciar al idealismo, se han hecho oportunistas. Estos antiguos creyentes se han transformado en escépticos y egoístas cuyos actos no tienen más guía que el frío cálculo.

Por su superioridad han llegado a líderes, pero con el correr de los años están presos entre todos los apetitos que suscita la posesión de poder, y a la postre es imposible distinguirlos de aquellos de sus colegas que se hicieron socialistas por ambición, de los que desde un primer momento contemplaron deliberadamente a las masas solo como un instrumento que podían utilizar para alcanzar sus propias ambiciones personales.

Lo cierto es, empero, que en el curso de la evolución del partido, a medida que el conducido se transforma en conductor subordinado, y luego en líder de primera fila, experimenta una evolución mental que a menudo determina una transformación completa de su personalidad. Cuando ocurre esto el líder suele no ver en su propia transformación nada más que un reflejo de una transformación del mundo que lo rodea.

Los tiempos han cambiado, nos dice, y en consecuencia hacen falta una táctica nueva y una teoría nueva. La mayor madurez de juicio corresponde a la mayor madurez de la nueva era. El pasaje brusco de la oposición a la participación en el poder es lo que ejerce mayor influencia en la mentalidad de los líderes. Hay un deterioro de la composición del partido y muchos elementos ingresan a él simplemente porque lo consideraban el mejor medio de asegurarse una parte de las prebendas de la administración pública.

Dondequiera que los socialistas conquistaban municipalidades, dondequiera que administraban bancos populares y sociedades cooperativas y distributivas, dondequiera que disponían de cargos rentados, no podíamos dejar de observar una declinación notable de su nivel moral, ni advertir que los ignorantes y los ambiciosos constituían la mayoría entre ellos.

**Ideología bonapartista**

La interpretación bonapartista de la soberanía popular era una dictadura personal conferida por el pueblo, de acuerdo con leyes constitucionales. El bonapartismo reconocía la validez de la voluntad popular al extremo de conceder a esa voluntad el derecho de la autodestrucción: la soberanía popular podía suprimirse a sí misma. El bonapartismo es la teoría del dominio individual originado en la voluntad colectiva, pero que tiende a emanciparse de esa voluntad y volverse, a su turno, soberano. En su pasado democrático encuentra una defensa contra los peligros que pueden amenazar su presente antidemocrático. Es la síntesis de dos conceptos antagónicos: la democracia y la autocracia. En las multitudes democráticas encontró el bonapartismo un suelo notablemente favorable, pues dio a las masas la ilusión de ser el amo de sus amos.

La obediencia absoluta que la masa organizada debe a sus líderes es el fruto de las relaciones democráticas que hay entre los líderes y la masa, y no es más que la subordinación colectiva a la voluntad colectiva. La democracia moderna sostiene que nadie puede desobedecer las órdenes de los oligarcas, pues al hacerlo la gente peca contra sí misma y desafía su propia voluntad, transferida espontáneamente por ellos a sus representantes, e infringe así el principio democrático. En la historia de la vida del partido es innegable que el sistema democrático se reduce, en último análisis, al derecho de las masas a elegir, con intervalos preestablecidos, amos a quienes en el ínterin deben obediencia incondicional.

**Identificación del partido con el líder**

El burócrata se identifica completamente con la organización, y confunde sus propios intereses con los de ella. Toma toda crítica objetiva al partido como una afrenta personal. El líder se declara personalmente ofendido, y en parte lo hace de buena fe, pero también en parte deliberadamente, para cambiar de campo de batalla, y poder presentarse como el objeto inofensivo de un ataque injustificable. Si el líder es atacado personalmente, su primera preocupación es hacer que parezca que el ataque se dirige contra el partido en su totalidad.

El despotismo de los líderes no proviene solamente de un ansia vulgar de poder ni del egoísmo incontrolado, sino que muchas veces es resultado de la creencia profunda y sincera en la propia valía y en los servicios prestados a la causa común.

Cuando en cualquier organización la oligarquía ha alcanzado un estado avanzado de desarrollo, los líderes comienzan a identificar consigo, no sólo las instituciones partidarias, sino también la propiedad del partido. Este fenómeno es común tanto en el partido como en el Estado.

**Análisis social del liderazgo**

**Los cambios sociales que produce la organización** entre los elementos del proletariado, y las alteraciones que ocurren en el movimiento proletario debidas a esa nuevas influencias que la organización acerca a su órbita, son resumibles en el término acostumbrado y amplio de aburguesamiento de los partidos de la clase trabajadora.

Este aburguesamiento es fruto de tres órdenes de fenómenos muy diferentes:

1) la adhesión de los pequeño burgueses a los partidos proletarios;

2) la organización de los trabajadores, y

3) la defensa capitalista, considerados estos dos últimos fenómenos como originadores de nuevos estratos en la pequeña burguesía.

El aburguesamiento del partido es un hecho incuestionable, pero sus causas son muy diferentes del ingreso de unos pocos centenares de miembros de la clase media en la organización del proletariado militante. La principal de estas causas es la metamorfosis que ocurre en los líderes originarios de la clase trabajadora, con el aburguesamiento consiguiente de toda la atmósfera en que se desenvuelven las actividades políticas del partido.

La lucha de clases, por la acción de los órganos correspondientes, induce **modificaciones y metamorfosis sociales** en el partido que nació para organizar y fiscalizar la lucha. Ciertos grupos de individuos, insignificantes en número pero de gran importancia cualitativa, abandonan la clase proletaria y son elevados a la dignidad de burgueses.

El movimiento representa para los obreros un modo de vida nuevo y más elevado, y les ofrece al mismo tiempo otra forma de empleo, con la posibilidad, que aumenta continuamente a medida que crece la organización, de conseguir elevarse poco a poco en la escala social.

Cuando el obrero abandona el trabajo manual por el intelectual, sufre otra transformación que afecta a toda su existencia: abandona gradualmente al proletariado para convertirse en un miembro de la pequeña burguesía.

Podemos afirmar que estas personas de extracción trabajadora, consideradas como familias y no como individuos, tarde o temprano son absorbidos por el nuevo medio burgués.

**Las familias de la clase trabajadora**, elevadas a una condición social más alta por obreros revolucionarios que pretendían lograr con ello que su lucha contra la burguesía fuera más efectiva, en poco tiempo se funden con esa misma burguesía.

Inspirado por una tonta suficiencia, el líder ex-obrero suele gozar del nuevo medio, y tiende a tornarse indiferente y aun hostil a todas las aspiraciones progresistas en el sentido democrático. Se acomoda al orden existente y, en última instancia, hastiado de la lucha, llega a reconciliarse con ese orden.

¿Qué le interesan ahora los dogmas de la revolución social? Ya se ha realizado su propia revolución social. En el fondo, todos los pensamientos de esos líderes se concentran en la única esperanza de que siga existiendo, por muchos años, un proletariado que los elija diputados y les proporcione subsistencia. Por eso afirman que lo principal es organizar, organizar incesantemente, y que la causa de los trabajadores no conquistará la victoria hasta que el último obrero se haya enrolado en la organización.

**Intentos por restringir la influencia de los líderes**

Las bases conservadoras de la organización

Dentro de ciertos límites estrechos, el partido democrático, aun cuando sujeto a un control oligárquico, indudablemente puede actuar sobre el Estado con un sentido democrático. La vieja casta política de la sociedad, y por sobre todo el propio “Estado”, están obligados a emprender la revaluación de un número considerable de valores: revaluación tanto ideal como práctica. La importancia atribuida a las masas aumenta, aun cuando los líderes sean demagogos. La organización política conduce al poder. Pero el poder siempre es conservador. En todo caso la influencia ejercida sobre la maquinaria gubernamental por un partido opositor enérgico es necesariamente lenta, está sujeta a interrupciones frecuentes, y siempre restringida por la naturaleza de la oligarquía.

La política interna de las organizaciones partidarias en la actualidad es absolutamente conservadora, o está en vías de llegar a serlo. Pero podría ocurrir que la política externa de estos organismos conservadores se hiciera osada y revolucionaria. Esta evolución chocaría con la naturaleza del partido, con el esfuerzo por organizar a las masas sobre la escala más vasta imaginable. A medida que la organización aumenta de tamaño, la lucha por los grandes principios se hace imposible. El objetivo principal de la organización es incorporar el mayor número posible de miembros, por lo que toda lucha ideológica dentro de los límites de la organización ha de ser considerada, por fuerza, como un obstáculo para la realización de sus propósitos; y, en consecuencia, un obstáculo que debe ser evitado a cualquier precio.

Esta tendencia está reforzada por el carácter parlamentario del partido político. “Organización partidaria” significa la aspiración del mayor número de miembros. “Parlamentarismo” significa la aspiración por el mayor número de votos. Los campos principales de actividad política son la agitación electoral y la agitación directa para conseguir nuevos miembros.

¿Qué es, en realidad, el moderno partido político? Es la organización metódica de masas electorales. El último eslabón en la larga cadena de fenómenos que dan carácter profundamente conservador a la esencia íntima del partido político (aun de aquellos partidos que pregonan ser revolucionarios) se funda en las relaciones entre el partido y el Estado.

Generado para destruir el poder centralizado del Estado, a partir de la idea de que la clase trabajadora necesita simplemente lograr una organización lo bastante vasta y sólida para triunfar sobre la organización del Estado, el partido de los trabajadores ha terminado por adquirir una vigorosa centralización, basada en los mismos principios cardinales de autoridad y disciplina que caracterizan la organización del Estado.

A la larga, los directores del organismo revolucionario que vive dentro del Estado autoritario, apoyado por los mismos medios que aquel Estado e inspirado por igual principio de disciplina, no pueden dejar de advertir que la organización partidaria, cualesquiera sean los progresos que realice en el futuro, jamás logrará ser otra cosa que una copia en miniatura e ineficaz- de la organización estatal. En nuestros días, el carácter del partido como organización siempre ávida de nuevos miembros, siempre anhelante por obtener una mayoría absoluta, se combina con la condición de debilidad en que se encuentra frente al Estado, para realizar el cambio gradual de la antigua meta –demoler el Estado existente- por el nuevo objetivo –introducir en el cuerpo del Estado los hombres y las ideas del partido-.

La lucha emprendida por los socialistas contra los partidos de las clases dominantes ya no es de principios, sino simplemente de competencia. El partido revolucionario se ha convertido en un rival de los partidos burgueses por la conquista del poder. Por eso abre sus puertas a todos aquellos que puedan ayudarle a alcanzar este objetivo, o que puedan simplemente engrosar sus batallones para la lucha en que está empeñado. La aversión del partido se dirige contra los temidos rivales en el campo político, contra quienes compiten por el mismo fin: el poder. El partido ya no procura luchar contra sus adversarios, sino solo ganarles.

La mayoría de los seres humanos están predestinados por la trágica necesidad de someterse al dominio de una pequeña minoría, a una condición de tutela permanente, y deben avenirse a constituir el pedestal de una oligarquía. La revolución social no produciría cambio real alguno en la estructura interna de la masa. Pueden triunfar los socialistas, pero no el socialismo, que perecerá en el momento en que sus adherentes triunfen.

**Consideraciones finales**

El liderazgo es un fenómeno necesario en toda forma de vida social. Tiene gran valor científico demostrar que todo sistema de liderazgo es incompatible con los postulados más esenciales de la democracia.

Si dejamos de lado la tendencia de los líderes a organizarse y a consolidar sus intereses, como así también la gratitud de los conducidos hacia sus conductores, y la inmovilidad y la pasividad general de las masas, llegamos a la conclusión de que la causa principal de la oligarquía en los partidos democráticos habrá de encontrarse en la indispensabilidad técnica del liderazgo. El proceso que comenzó como consecuencia de la diferenciación de funciones dentro del partido se completa con un complejo de cualidades adquiridas por los líderes al desprenderse de la masa.

En un principio los líderes surgen ESPONTÁNEAMENTE; sus funciones son ACCESORIAS y GRATUITAS. Pronto, sin embargo, se hacen líderes PROFESIONALES, y en esta segunda etapa del desarrollo son ESTABLES e INAMOVIBLES.

Esto significa que la explicación del fenómeno oligárquico que así ocurre es en parte PSICOLÓGICA; la oligarquía proviene de las transformaciones psíquicas que las personalidades directoras del partido experimentan en el curso de sus vidas; pero la oligarquía depende en mayor medida aún de los que podríamos llamar PSICOLOGÍA PROPIA DE LA ORGANIZACIÓN, es decir, de las necesidades tácticas y técnicas que resultan de la consolidación de todo conglomerado.

Reducida a su expresión más concisa, la ley sociológica fundamental de los partidos políticos (el término “político” toma aquí el significado más amplio) es formulable en los siguientes términos: “La organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegadores. Quien dice organización, dice oligarquía.”

Toda organización partidaria representa un poder oligárquico fundado sobre una base democrática. En todas partes encontramos electores y elegidos. También encontramos en todas partes que el poder de los líderes elegidos sobre las masas electoras es casi ilimitado. La estructura oligárquica de la construcción ahoga el principio democrático básico. LO QUE ES aplasta a LO QUE DEBE SER.

La formación de oligarquías dentro de las diversas especies de democracia es consecuencia de una necesidad orgánica, y por eso afecta a todas las organizaciones. La masa no gobernara nunca, salvo in abstracto.

La democracia es un tesoro que nadie descubrirá jamás por la búsqueda deliberada; pero si continuamos nuestra búsqueda, al trabajar infatigablemente para descubrir lo indescifrable, realizaremos una obra que tendrá fértiles resultados en el sentido democrático. Es cierto que tenemos que elegir la democracia como el mal menor en cuanto a la forma de vida social.

Cuanto más compruebe la humanidad las ventajas que tiene la democracia, aunque sea imperfecta, sobre la mejor de las aristocracias, tanto menos probable es que el reconocimiento de los defectos de aquella provoque un retorno a la aristocracia. Los defectos de la democracia residirán en su incapacidad para librarse de la escoria aristocrática.

En cambio, bastará un examen sereno y franco de los peligros oligárquicos de la democracia para reducir al mínimo esos peligros, aunque nunca puedan ser totalmente eliminados.